

dadero frenesí, tosía, escupía y se apoyaba con ademán digno en los bastones de su papá. Amasado con elementos difíciles de conciliar, ó bien porque hubiese en él algo de loco, aquel pobre muchacho—que por lo demás era un buen chico—tenía ¡cosa asombrosa! un miedo horrible á los golpes y un amor desenfrenado á las querellas. Insolente y cobarde como Panurgo, era hombre capaz de provocar sin motivo á un carabinero que pasara por la calle, pero dispuesto, si el carabinero tomaba la cosa por donde quemaba, á hincarse de rodillas y pedir perdón con tales exageraciones de humildad, que verdaderamente no se sabía si enfadarse ó si echarse á reír. En una palabra, era un niño grande, endeble y enfermizo, á quien Rochefort quería precisamente por su carácter burlón y por sus picardías, al cual salvó en más de una ocasión de las graves consecuencias que hubieran podido tener para sus costillas algunas bromas demasiado atrevidas. Rossignol estaba empleado, lo mismo que Rochefort, en las oficinas del Ayuntamiento. Allí se hallaba colgado,

en el último piso, debajo de las guardillas, en un despacho perdido al final de un laberinto de escaleras estrechas y de corredores, y allí, encargado del material, distribuía con la mayor gravedad, y con arreglo á los pedidos que se le hacían, papel, plumas, lápices, raspadores, gomas, hilo para coser expedientes, baldique para atarlos, tintas azules, tintas encarnadas, arenilla, calendarios, y qué sé yo cuántas más cosas inútiles, de que les gusta rodearse á los desocupados plumíferos de la Administración, y que son como las flores de la burocracia. Rossignol, naturalmente, tenía sus ambiciones literarias también. Poner su nombre al pie de cualquier cosa impresa era su sueño dorado, y nos divertíamos Pedro Veron, Rochefort y yo en garrapatearle articulejos y en improvisarle versos: versos que él llevaba en seguida, y lleno de orgullo, al *Tintamarre*. ¡Singulares efectos de la irresponsabilidad! Rochefort resultaba cohibido por la imitación y por las convenciones cuando escribía para firmarlo él, y era originalísimo, tenía un estilo muy personal, cuando fir-



maba lo que escribía con el nombre de Rossignol. Entonces era libre, no se sentía cohibido por la mirada de la Academia, que él creía que le seguía sobre el papel, censurando las contorsiones poco académicas de su pensamiento y de su estilo, y daba gusto ver esparcirse aquel talento, frío, muy nervioso, admirable de audacia y de familiaridad, con una manera propia y muy personal de sentir las cosas de la vida parisiense, y de aprovecharlas para toda clase de trabajos satíricos, combinados con gran paciencia y mala intención, dichos con la seriedad de un clown entre dos muecas, y sin hacer más que guiñar el ojo cuando terminaba el párrafo.

—Pero esto es muy bonito, nuevo, original, se te parece: ¿por qué no has de escribir así cuando escribes por tu cuenta?

—Tal vez tenéis razón; preciso será que procure hacerlo.

La aptitud de Rochefort estaba descubierta; no faltaba más que cultivarla.

Se ha dicho que todo aquello era copia de Arnal, ó que Rochefort no ha-

bía hecho más que trasladar á los párrafos de sus artículos los diálogos de Duvert y de Lauzanne.

No negamos la influencia de estos autores. Evidentemente algunos puntos de



vista, algunas formas de dicción, corte, procedimientos, giros—convertidos en fórmula—dados á la frase y al pensamiento, que durante las interminables partidas de dominó del boulevard del Temple habían impresionado su cerebro de colegial, le fueron útiles des-



pués. Pero esas son imitaciones inconscientes, á las cuales no escapa nadie. No está prohibido en literatura recoger un arma enmohecida; lo importante es saber afilarla y afirmar la empuñadura cuando se va á esgrimir:

Rochefort hizo sus primeras armas en el *Nain Jaune*, dirigido por Aureliano Scholl. ¿Quién no conoce á Scholl? A poco que hayáis frecuentado, durante estos últimos treinta años, los boulevares parisienses ó sus anexos, habréis visto seguramente, ora delante del pabellón de Tortoni, ora bajo los tilos de Baden ó las palmeras de Monte-Carlo, aquella fisonomía eminentemente parisiense y del boulevard. Por el acento siempre alegre, el tono claro, lo brillante y cortado del estilo, Scholl—en medio de París, invadido por el *patois* de los oradores del Parlamento y el estúpido galimatías de los *reporters*—ha sido uno de los últimos, y hasta podría decirse el último de los pequeños periodistas. El pequeño periodista es un periodista que se cree obligado á ser al mismo tiempo un escritor; el gran periodista prescinde de esto.

Como otros muchos en estos últimos tiempos de turbulencia, Scholl, poco á poco, sin hacerlo á mal hacer, se ha ido metiendo en las contiendas políticas. Ahora está en lo más rudo de la batalla, y da gusto ver á ese nieto de Rivarol convertido en republicano, dirigiendo contra los enemigos de la República las flechas de oro frotadas con un poco de veneno en la punta, sacadas del arsenal reaccionario de las *Actos de los Apóstoles*. Pero en la época del *Nain Jaune* la política dormía, y ni Scholl ni Rochefort tampoco pensaban en la República. Contentábase con ser uno de los más amables escépticos y uno de los más ingeniosos burlones de París. Muy amigo de *pintarla*, como buen bordelés, opinaba—lo cual en aquellos tiempos de santa bohemia no dejaba de tener cierto humillo de paradoja—opinaba que el literato se halla en el deber de pagar al zapatero, y que se puede tener talento é ingenio con guantes nuevos y camisa limpia.

Consecuente con sus principios, usaba todo lo que llevaban los elegantes, hasta el monóculo incrustado en el ojo, que to-



davía usa ahora; almorzaba en Bignon y daba á los parisienses el espectáculo, verdaderamente nuevo, de un simple cronista que compartía diariamente los huevos al plato y la chuleta, con el duque de Grammont-Caderousse, que era el rey de los gomosos de aquel tiempo. El *Nain Jaune* fué el único competidor serio con que tropezara Villemessant. Admirablemente servido por sus muchas relaciones, Scholl había logrado en pocos meses que su periódico fuera el órgano oficial de la alta sociedad y de los Casinos, el árbitro de las elegancias parisienses; pero al cabo de un año se cansó porque servía para mejores cosas; era demasiado escritor, demasiado periodista para seguir siendo empresario.

En el *Nain Jaune* los éxitos de Rochefort fueron rápidos; en el *Figaro*, que se apresuró á llevárselo á su redacción, fueron más ruidosos todavía. Los parisienses, que tienen siempre ciertas aficiones de fronda y que desde hace tiempo han perdido la costumbre de la independencia, se complacían leyendo esos folletos, en los cuales se hablaba de tú

en voz alta con tono burlón, á todo género de cosas oficiales y solemnes, de las cuales los más osados apenas si se atrevían á burlarse en voz baja.

Rochefort se lanzó; tuvo lances de honor, más afortunados que el del estanque de Chaville; jugó fuerte, vivió á lo grande, llenó á París con el estruendo de su nombre y siguió siendo, á pesar de todo, á pesar de la embriaguez del triunfo de una noche ó de una hora, el Rochefort que yo había conocido en el Ayuntamiento, siempre servicial y bondadoso, siempre modesto, siempre ocupándose del artículo que había de publicar, temeroso de no tener ya qué decir, de haber agotado la vena y de no poder seguir escribiendo.

Villemessant, despótico con todos sus redactores, tenía por ése una especie de temerosa admiración. La verdad es que el tal Rochefort era hombre de extrañas terquedades y de singulares caprichos. Ya he relatado en otro sitio el efecto de su artículo sobre el teatro del señor de Saint-Remy, y la manera familiar, propia de un pilluelo, de ajustarle las cuentas



á aquel pobre volumen presidencial y ducal que todos los Dangeau, todos los Julio Lecomte de la crónica, adornaban con sus *bombos*.

París se asombró ante aquella audacia. Morny, impresionado, apélo contra ella. Con candidez de autor maltratado y extraña en un hombre de talento, envió sus obras dramáticas á Jouvin, contando con que Jouvin tendría mejor gusto que Rochefort y publicaría en el *Figaro* un artículo ded esagravios.

Jouvin aceptó el libro, pero no escribió el artículo, y el pobre Duque tuvo que conservar en el estómago la amargura que le había hecho tragar la prosa de Rochefort. Entonces ocurrió una cosa extravagante, inverosímil á primera vista, y muy humana sin embargo. Morny, aquel Morny adulado, poderoso, se enamoró súbitamente del hombre que no había temido burlarse de él, y le tomó un cariño... rencoroso. Habría querido verlo, conocerlo, tener explicaciones con él en un rincón como si fuesen dos amigos queridos. Esforzábanse sus cortesanos en demostrar que Rochefort no tenía ni

talento ni estilo, y que su juicio no era de peso. Los aduladores (un semiemperador los tiene siempre) recorrían las calles coleccionando zarzuelillas, pecadillos cometidos por Rochefort cuando jovenzuelo; las analizaban y sostenían con mil argumentos de fuerza, que las obras del señor de Saint-Remy valían mucho más. Atribuyeron á Rochefort crímenes imaginarios. Un Prudhomme fanático llegó un día corriendo, con la lengua fuera, rojo de indignación, con los ojos saltándosele de sus órbitas:—¿Sabéis que Rochefort, el famoso Rochefort que se las echa de tan rígido, ha sido ¡se acaba de descubrir! ha sido colegial con beca gratuita del Imperio?—¡Ahí es nada! Se necesitaba tener el alma muy negra para, habiendo sido becario del Imperio á los ocho años de edad, encontrar malas á los treinta las obras teatrales del señor Duque! ¡Un paso más y le piden cuenta á Rochefort de las opiniones políticas de su nodriza! Vanos esfuerzos, revelaciones inútiles. Morny, parecido á los amantes desdeñados, se empeñaba cada vez más en que Rochefort lo quisiera. El ca-



pricho se convertía en manía, en obsesión; obsesión tanto mayor cuanto que Rochefort ponía cierta cómica coquetería en no querer conocer al Duque. Paréceme estar viendo todavía la noche del estreno de *La bella Elena*, á Morny deteniendo á Villemessant en un pasillo:

—¡Lo que es esta vez me va usted á presentar á Rochefort!

—¡Señor Duque!... ¡Sí, señor Duque!... Hablando de ello estábamos hace un momento.

Y Villemessant echaba á correr en busca de Rochefort; pero Rochefort había desaparecido.

Entonces surgió la idea de inventar una combinación, de maquinar una especie de complot para que se encontraran el Duque y Rochefort. Sabíase que éste era gran aficionado á antigüedades (¿no era el autor de los *Pequeños misterios del Hotel de Ventas*?) é inteligente aficionado á cuadros.

El Duque poseía una galería muy curiosa. Llevarían á Rochefort á que visitara la galería; el Duque estaría allí como por casualidad, y se haría la pre-

sentación. Se fijó el día; un amigo se encarga de llevar á Rochefort; el Duque espera en la galería; espera una hora, dos horas á solas con sus Rembrandt y sus Hobbema, y tampoco aquella vez acudió el deseado monstruo.

Mientras vivió el Duque (sin duda efecto de pura casualidad, porque no creo que aquella amistad, tan poco correspondida, llegara hasta proteger al ingrato folletinista contra los rayos de la justicia); mientras el Duque vivió, Rochefort fué muy poco molestado. Pero en cuanto desapareció Morny, comenzaron las persecuciones.

Rochefort, aguijoneado, aumentó su insolencia y su audacia. Las multas menudearon como granizo, y tras las multas vino la prisión. Pronto tomó la previa censura cartas en el asunto. La censura, con su palacio para catar principios, opinó que todo lo que escribía Rochefort tenía sabor político. La vida del *Figaro* se vió amenazada y Rochefort tuvo que salir de la redacción. Entonces fundó *La Lanterne*, desenmascaró sus baterías é izó bandera de corsario, y en-



tonces también fué Villemessant, Villemessant el conservador, el Villemessant de los revenques y látigos, quien fletó aquel brulote, aquel buque incendiario.

La censura y Villemessant prestaron en aquellas circunstancias un servicio especial á los principios conservadores y al Imperio.

Sabida es la historia de *La linterna*, su éxito extraordinario; aquel papelillo color de fuego estaba en manos de todo el mundo; las aceras, los coches de punto, los vagones, todos llevaban faroles rojos; el Gobierno estaba loco; entonces vino el escándalo, el proceso, la supresión, y—resultado previsto é inevitable—Rocheftort fué diputado por París.

Hasta en ese cargo siguió Rocheftort siendo el mismo; llevó á los escaños de la Cámara y á la tribuna la familiaridad insultante de sus escritos, y hasta el momento final se resistió á tratar al Imperio como á serio enemigo.

¿No recordáis aquel escándalo? Un orador ministerial, hablando alto con el desdén que un hombre de Parlamento puede sentir hacia un simple periodista,

había pronunciado la palabra *ridículo*, aludiendo á él. Pálido, con los dientes apretados, Rocheftort se levanta de su



asiento, y abofeteando al orador por encima de la cabeza de los asistentes: «Yo habré podido ser ridículo alguna vez; pero nadie me ha visto nunca por ahí en



traje de sacamuelas, con un águila en el hombro y un pedazo de tocino en el sombrero.»

Schneider presidía aquella sesión. No se me olvidará el espanto que se retrató en su cara mofletuda. Y figurándome en aquel mismo sitio la fina cabeza y la cara con bigotes, irónica y fría del duque de Morny, me dije: «Qué lástima que no esté allí: al fin hubiera satisfecho su capricho de conocer á Rochefort.»

Luego no he vuelto á ver á Rochefort más que dos veces: la primera en el entierro de Víctor Noir, conducido en un carruaje, desvanecido, rendido por una lucha de dos horas sostenida al lado de Delescluze, contra una turba enloquecida de doscientos mil hombres desarmados, que con niños y mujeres querían á la fuerza llevar el cadáver otra vez á París, donde los esperaban á cañonazos, es decir, ir á que los asesinasen. Luego otra vez, durante la guerra, en el toletole de la batalla de Buzenval, entre el ruido producido por los batallones, el sordo estruendo de los cañonazos de los

fuertes, el rodar de los carros de las ambulancias, en medio de la fiebre, del humo, de los Obispos á caballo, que parecían máscaras, de los animosos burgueses que iban á que les matasen, llenos de confianza en los planes del general Trochu, en medio de lo heroico, en medio de lo grotesco, en medio de ese drama inolvidable, amasado como los de Shakespeare, con lo sublime y lo cómico, que se llama el sitio de París... En el camino del monte Valerien; frío, barro, árboles deshojados, temblando tristemente bajo un cielo nebuloso. Mi amigo pasaba en carruaje, como siempre pálido y verdoso como siempre, como en aquellos remotos tiempos en que estaba en las oficinas municipales, metido en una levita demasiado estrecha y abrochada hasta el cuello.

Le grité: «¡Adiós, Rochefort!» Y no le he vuelto á ver más (1).

(1) Este retrato de Rochefort fué publicado en Rusia en el *Nouvel Temps*, año 1879.

